



Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada número.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 3.º

SESIÓN FLAMENCA

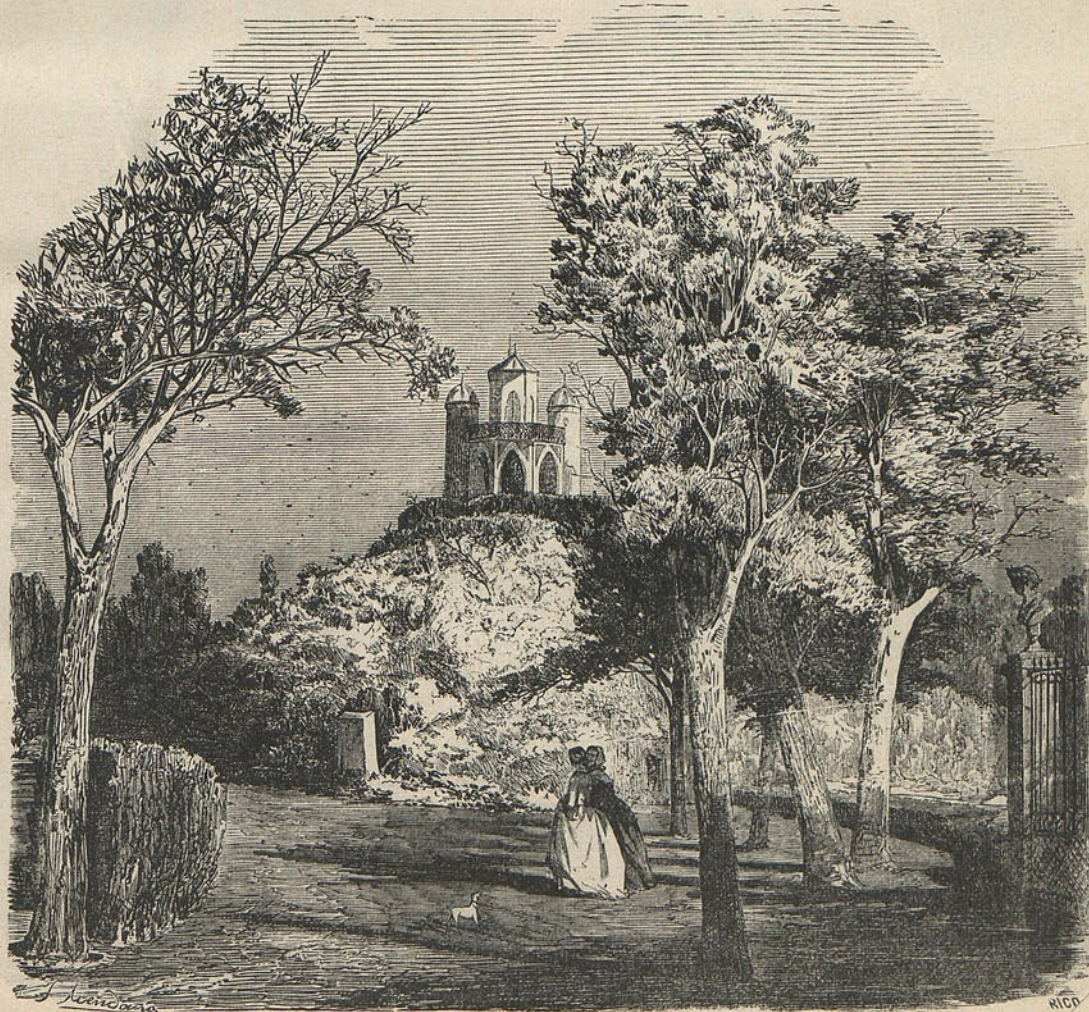
(Conclusión.)

Y sin embargo... Los que habían visto en otra parte á aquella Salomé de cafetín, sabían que eso era todo su repertorio de contorsiones, el que entonces sacaba á luz; y á los que tenían buen oído, no se les escaparon unas frases rápidas, cruzadas entre el jaleador y el dueño de la casa en que

se celebraba el sarao. No pase usted cuidado ninguno, dijo confidencialmente el de la guitarra, que asumía las respetables funciones de empresario. Y la frase tranquilizadora, volando repetida tras la cabritilla y el raso de los abanicos, había serenado la frente de alguna dama, segura ya de que nada *shocking* se diría ó haría sobre el alarmante tablado. Cumplióse la promesa del guitarrista; hubo cierto comedimiento en la danza, y de las sucesivas canciones, *alegrías*, *peteneras*, *soleares*, *polos*, ningún

pasaje se subrayó con picardía, ni se bordó con malignos arabescos. Si á veces quería distraersela chula, una advertencia disimulada la volvía pronto al buen camino.

Agotadas ya las habilidades de las hembras, llegó el turno del bailador, llamado por apodo el *Feo*. Mote más propio no se le ha puesto á hombre nacido de madre. Chato y picado de viruelas; recia, aceitosa y negruzca la tez como el dorso de un sapo; la boca delgada como hoja de cuchillo, su pelo de hule, negro, liso y engomado, se corría



La montaña rusa en el Buen Retiro.

por la sien adelante, con el insolente peinado de los chulapos madrileños. Vestía la chaquetilla corta, el brevísimo chaleco, la camisa sin corbata, con cuello de un dedo escaso, y el pantalón á cuadros, descansando sobre la clara caña de la bota. Descontada, y aun sin descontar la cabeza, no podía negarse que poseía el bailar las prendas requeridas para sus funciones mimicas. Era su estatura la estatura mediana de las razas ágiles, sóbrias y nerviosas; su pie menudo y su mano chica, también atezada, puesta con graciosa dejadez en la cintura, armonizaban con la buena proporción de los miembros; la forma rara del pantalón, que abajo ensanchaba formando una campana enorme y arriba se ceñía más que un calzón de punto, y subía casi hasta el sobaco sin la más leve arruga, descubría la elegancia natural de la enjuta cadera y lo quebrado del talle. La cabeza misma, si delataba

la bajísima extracción de su dueño, interesaba por lo típico de su fealdad eminentemente española y picaresca, una faz de lazarillo de Tormes, donde la franca sonrisa enseñaba la más sana dentadura del mundo. Y cuando el *Feo*, desabrochándose previamente el botón de la camisa, comenzaba á bailar, entonces sí que se llevaba el diablo toda consideración estética. Era de ver su igualdad maravillosa en el pateado, era de oír el rapidísimo y cadencioso redoble de sus alados pies sobre la madera del *estari-vé*, que obedecía á aquella musical percusión dejándose atrás en sonoridad al mejor par de castañuelas; era de admirar el flexible contoneo de sus caderas inteligentes, donde parecía concentrarse el juego y la vida del cuerpo todo, pues brazos y piernas tomaban bien poca parte en la función, y el hombre ejecutaba el fatigosísimo y sorprendente baile sin salir de un espacio

que cubriría el pañuelo de encaje de alguna dama allí presente.

Bastante pasaba ya de la media noche. La curiosidad saciada imprimía en los rostros la expresión de cansancio que sigue á toda emoción viva y reprimida. Las cantaoras bajando del tablado y rodeadas de un grupo de caballeros, se envalentonaban, los tuteaban, y en voz baja, ceceando, pedían sortijas y brazaletes. Era cosa de echarlas de allí si se había de cenar y bailar por lo fino, aunque ninguna señorita se prometía encontrar en su pareja la agilidad y garbo del *Feo*. Así que desaparecieron las figuras exóticas largándose *a la paz de Dios*, el salón pareció respirar, libre de sillas y tablado, y las señoras respiraron también, exentas de todo recelo y seguras de cenar deliciosamente; fué la cena un oasis delicioso, y el jerez acabó de desatar lenguas y almas. Alguien alabó la belleza de la chula, y se



El salón de la Escuela italiana en el Museo Nacional de Pinturas de Madrid.

discutieron particularidades de la tropa flamenca. Una dama aseguró que el *Feo* tenía bordados en la chaquetilla, y preguntó si serían *al pasado*.

—¿*Al pasado*?—dijo el dueño de la casa.
—No, yo creo que serán *al aceite*.

Emilia Pardo Bazán.

París 20 Enero 1886.

UN PASEO POR ATENAS

(Continuación.)

Salgamos de la ciudad; demos un paseo por sus alrededores, que allí está para nosotros su principal encanto.

Una vasta planicie arenosa, triste y desierta... En medio de ella siete columnas de nueve metros de altura, esbeltas, de orden

cimiento á las obras efímeras también de nuevas generaciones.

Continuemos nuestro paseo.

Allí en un declive se ve un pequeño jardín. Allí estuvo la escuela de Platón. Se recuerda el sitio nada más. Esos árboles no son los que cobijaron al discípulo de Sócrates, no. El jardín de Platón fué arrasado por la furia de Sila, que como si la acción



Tipos de Filipinas.

A UN CLAVEL

No te seques, clavel amigo,
sé eterno, cual mi amor;
tú de mi soledad mudo testigo,
mitigas mi dolor.

Tú adornaste su pecho, tú has sentido
su corazón latir:
¿dime, querida flor, has comprendido
qué te quiso decir?

Descansa sobre el mío, y un momento
escucha su rumor;
¿no comprendes que dice: «solo aliento
á impulsos de su amor»?

¿Y qué te dijo el suyo? ¿que latía,
su sangre al circular?
¿que el fuego de mi amor no comprendía,
porque él no sabe amar?

¿O te dijo, tal vez, que su latido
era por otro amor?...
Si esto, sencilla flor, has comprendido,
¡no me lo digas, flor!

Juan B. del Pozo.

Madrid 1886.

dórico... Debieron ser hermosas, ahora no lo son, porque en su aislamiento parecen esbeltas y tristes... porque no son más que un harapo que el tiempo respetó para hablarnos de pasadas grandezas. Al pie de estas columnas otras dos se ven tendidas sobre la arena, como representando la losa sepulcral de una generación de gigantes.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora. Campos de soledad...

Esto fué el templo de Júpiter Olímpico. Trescientas columnas tenía como estas que vemos, ocupando la extensa planicie que es á nuestros ojos un yerto arenal.

Desiertos están estos parajes. Sólo el viajero los recorre, evocando á través de esta especie de tumba, las glorias y grandezas de los pasados siglos... ¡Hoy soledad y tristeza! Símbolo de la vida humana. Ansias, pasiones, deseos, ambición, trabajo para elaborar algo que viva en el tiempo cuando nosotros hayamos desaparecido... Y ese algo es una tumba, un epitafio, una inscripción que dura un siglo, algunos siglos, nada comparado con la eternidad... Después la inscripción se borra, el epitafio se olvida, la tumba se convierte en arenal, ó sirve de

destructora del tiempo no bastaba, se complace el hombre en ayudar al tiempo en su obra continua de borrar memorias y aniquilar grandezas.

He allí un cerro. En su cima se ven esbeltas columnas de mármol, fantásticas ruinas, donde acaso moran los genios del siglo de Pericles.

Es la Acrópolis. Allí está el Parthenon, allí los templos de Neptuno y de las Cariatides, allí los Propileos.

Más abajo, al pie de la colina, el templo de Teseo.

Allí en conjunto se ofrecen los más preciados restos de la antigua Grecia.

Desde allí se ve Eghina, y el Pireo, y el mar Jónico, y la montaña Pentélica, y el Areópago...

Subamos, subamos.

Pero es preciso tomar aliento. Sentémonos, lector, aquí sobre este mármol que fué una estatua, y hoy se ve sin cabeza porque la decapitaron los turcos, y si la excursión no te fatiga, después del conveniente descanso, subiremos al Parthenon.

Vicente Moreno de la Tejera,

(Se continuará.)

EL PRIMER BESO DE AMOR

A. E.

Bella es la ilusión primera que aunque pasa muy ligera hace más grato el vivir, mostrando radiante esfera de oro y nácar y zafir.

Es grata en brillante orgía la aturdidora alegría que hace el recuerdo borrar, logrando llegue á forjar ensueños la fantasía.

Muy bello es el mes de Mayo cuando, tras negro capuz, sale el sol y el verde sayo de natura, con un rayo, nos hace ver de su luz.

Grande es la gloria y la fama de los hombres de saber, cuando el pueblo los aclama y frenético los llama para premiar su valer.

Todo es grande, lo aseguro, grato, bello, encantador... mas para mí, ¡te lo juro! nada hay más bello y más puro, que el primer beso de amor.

E. Ceballos Quintana.

LA DUQUESA DE HIELO Y EL CORCOVADO DE ROMA

Tocaba á sus postrimerías el poder temporal del Santo Padre, y la total unidad de Italia iba á ser un hecho: sus aristocráticas repúblicas y sus principados despóticos iban á desaparecer, no diremos para siempre porque no tenemos el don de la profecía, pero sí por entonces al menos.

En la ciudad Eterna, esa ciudad admirable de los Césares y los Papas, existía por aquél tiempo una joven hermosísima; la duquesa de Albano.

Ana, que así se llamaba, tenía el rostro más encantador que puede soñar la fantasía. Dos ojos negros rodeados de sedosas pestañas, daban mayor animación á aquél rostro, cuya boca de encendidos labios y menudos dientes, hacía recordar los blancos corderos entre atelles, de que nos habla el gran poeta Zorrilla.

La duquesa era huérfana de padre y madre, y tenía por tutores y administradores de su inmensa fortuna, al célebre banquero, príncipe de Torlonia, y al marqués de Otranto.

También tenía un número infinito de adoradores. Los herederos de las más nobles casas romanas, los jóvenes más apuestos, aspiraban á su mano.

Pero ella se mostraba insensible con todos, sin que hiciesen mella en su corazón los suspiros más ardientes y las demostraciones del amor más acendrado. Lo único que conmovía á La duquesa de hielo, como dieron en llamarla los desairados, era la música. Cuando oía cantar una pieza conmovedora y de gran ejecución, su hechicero rostro adquiría una animación extraordinaria, y su seno se alzaba y se deprimía rápidamente.

En algunas ocasiones sus ojos se llenaban de lágrimas.

Esta prueba de ternura demostraba que no era insensible, ni de hielo, como afirmaban los despechados.

Uno de los más ciegos adoradores de la encantadora beldad se murió de amor, y

otro, después de haber hecho mil locuras para conquistar el rebelde corazón de la hermosa niña, se suicidó, arrojándose de cabeza al Tiber, que arrastró su cadáver hacia el mar Tirreno.

Estos, y algunos sucesos más que omitimos, dieron una gran fama á la duquesa, y no llegaba ningún extranjero á Roma que no deseara conocerla.

Siempre que alguno le hablaba de amores, ó le preguntaba si pensaba casarse, respondía que estaba persuadida de que su media naranja no había nacido aún, ó que existía en otro planeta.

Y esto lo decía suspirando, mientras su rostro se cubría de nubes de tristeza, lo cual daba á conocer que deseaba amar.

**

Una mañana fué la duquesita á oír misa á San Juan de Letrán, acompañada de su aya la severa y apergaminada signora Giusefina Malipieri, prima hermana del cardenal de este nombre.

La misa era cantada, y al llegar al credo, una voz de tenor, voz dulcísima que partía del coro alto, hizo estremecer á Ana.

Aquella voz tenía todas las armonías del aura murmuradora y suave, todas las dulzuras de un arpa ecólica, toda la ternura del ruiseñor enamorado, cuando canta en la selva sus amores.

Hablaba al alma, y hacía asomar las lágrimas á los ojos.

Cada vez más conmovida la duquesa, miró hacia el coro, lo cual le valió una fuerte reprensión de la señora Malipieri, que le dijo que aquello estaba muy mal hecho, y que ninguna noble doncella, modesta y bien educada, debía alzar la vista del suelo en la casa de Dios.

Cuando la dulce voz cesó, la duquesa de Albano tenía los ojos arrasados de lágrimas, lágrimas dulcísimas que resbalaban silenciosamente por sus mejillas.

Bueno es advertir que no pertenecía á ese género de mujeres, que tienen, como suele decirse, el llanto en la mano.

No volvió á mirar hacia el coro, siempre que la conmovedora voz se dejaba oír, mas no por eso dejó de dar muestras de enterneamiento.

A. de San Martín.

(Se continuará.)

¡CERCA DEL MAR!

El firmamento estaba claro y azul, como los bellos ojos que tienes tú.

¡Con cuánto afán nos contemplamos ambos cerca del mar!

Sabes cuánto te quiero y que vivir no puedo en este mundo sin verte á ti.

¡A dónde estás?... vuelve, que aquí te espero, cerca del mar.

¡Te marchas en un buque?... ¡mentido amor! ¡agitas el pañuelo?... ¡partes?... ¡adios! No estaré más sino muy lejos, nunca cerca del mar.

P. Sañudo Autrán.

NUESTROS GRABADOS

La montaña rusa.—Pocos serán los habitantes de Madrid que desconozcan la mal llamada montaña rusa del Parque del Retiro; y digo mal la-

mada, porque poco tiene de rusa y de montaña. No insistiré más en esto, pues si tal hiciera pudiera captarme la antipatía de muchas personas, impúleres unas y valetudinarias otras, que experimentan gran placer en subirla, poco menos que á saltos las primeras, y jadeantes y con un palmo de lengua fuera las segundas, por la empujada y angosta senda que conduce á la cima de aquél montículo. Los niños trepan por él echando á su continua movilidad y á su prurito de encaramarse siempre en lo más alto. Las personas entradas ya en años, se harán tal vez la ilusión de que ascienden al picacho de Mulhacen en Sierra Nevada ó á alguna otra cumbre de no menos nombradía. Viejos y niños sienten especial predilección por la montaña rusa, porque unos y otros, en muchas cosas de la vida suelen darse las manos; ¡tanto se asemejan la infancia y la ancianidad!

El salón de la Escuela Italiana en el Museo nacional de pinturas de Madrid.—Es digno de admirarse este salón por su bellísima arquitectura y la ornamentación que le decora. La luz entra en grandes masas por la elevada bóveda, y baña oblicuamente las hermosas pinturas que en ambos lados del salón se ostentan, dándoles tanto vigor y relieve, que suspenden el ánimo y encantan la vista. A juicio de propios y extraños, la colección de cuadros de escuela italiana de nuestro Museo, supera en calidad, ya que no en número, á la que poseen otros mayores. En este magnífico salón se hallan preciosas muestras del génio inmortal de Rafael de Urbino; también se ven allí numerosos lienzos, llenos de verdadera magia en su colorido, del renombrado jefe de la escuela veneciana Ticiano Vecello; figuran asimismo en el espacioso salón repetidas manifestaciones de la fecundidad y valentía del famoso Lucas Jordan, de la escuela de Nápoles, llamado Luca fa presto, por la rapidez con que pintaba, á lo cual le acostumbró su padre desde muy temprana edad. Tarea contraria á la indolencia de esta breve reseña sería citar uno por uno los nombres de cuantos ilustres artistas embellecen con sus obras aquel santuario del génio del hombre. Baste decir que, todas las escuelas que forman la italiana, están allí digna y magistralmente representadas. Siete son dichas escuelas: Florentina, Romana, Veneciana, Lombarda, Bolonesa, Napolitana y Genovesa. De los pintores de más nombradía de estas escuelas posee nuestro Museo nacional preciosísimas joyas, que despiertan la envidia de los extranjeros que la visitan. Un francés, fátuo como suelen serlo algunos de sus compatriotas, después de contemplar los lienzos del citado salón, dijo á los que le acompañaban: «¡Lástima es que estas bellísimas pictóricas estén aquí oscurecidas: por su relevante mérito sólo en París pudieran figurar decorosamente.»

Tipos de Filipinas.—De algún tiempo á la fecha se ha despertado en España gran curiosidad por conocer cuanto es referente á nuestras posesiones de la Oceanía. Para satisfacer en algo este natural deseo damos hoy en El Museo Popular dos tipos de aquellas regiones. El cruzamiento de las razas española y tagala produce por lo general seres bien conformados y de agradables facciones. Vea el lector en el tipo de mujer que presentamos, una india elegante ó chichirica, que en tagalo quiere decir «bien apuesta y donairosa». Lleva prendido con la gracia propia de su raza el capi, que es una ancha tira de tela que sujetan á la cintura á modo de sobrefalda. El mestizo, con su camisa de nipe, armado siempre de su paraguas, adminículo indispensable en aquellos climas, y saboreando un tabaco filipino, muestra bien á las claras el indiferentismo con que su raza ve deslizar la vida en el mejor de los mundos posible. Cubierta su cabeza con el proverbial salacof no teme los rigores del sol de los trópicos, y con ver y respirar la brillante atmósfera que le circunda, juzgase el más feliz de los hombres.

SOLUCIÓN

AL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Si buscas fortuna, la hallarás en los cuernos de la luna.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILEN, 26.